

samiento. El *nouveau roman* fue eso, un procedimiento aplicado al proceso narrativo. Diría que en mi persona no quedó ningún vestigio procedente de esa escuela. Creo que carezco de la objetivación textual de quien —como Robbe-Grillet— describe sin sujeto emotivo. No obstante, nunca se sabe lo que late allá en el fondo y que, en el momento menos pensado, puede darse a conocer.

—*Hablabas hace poco de Julio Garmendia como un maestro del relato breve. Mucho se ha hablado de la brevedad del discurso narrativo como un síntoma de nuestro tiempo, de hecho Italo Calvino lo incluía en sus propuestas para un milenio que ya se está viviendo. José Balza ¿se adecua a este principio por oportunismo, moda, necesidad, estilo...?*

—Lo más serio sería reconocer que porque no tengo tiempo. Diría que me gusta escribir cuentos cortos o cortísimos, y también que las novelas no pasen de las trescientas páginas. Prefiero que exista en el lector la atracción primera, pero que luego no suponga un gran esfuerzo su permanencia. En mi caso, el del escritor, se da una convergencia espiritual y técnica hacia lo breve —que no deja de ser importante en una época como ésta— pero, curiosamente, al José Balza lector lo que le gustan son las novelas muy extensas o interminables. Proust es el modelo, así como el *Ulises* que releo. Le diré, además, que cada vez me gusta menos publicar. Esta antología de relatos que acaba de salir de la imprenta, por obra de la generosidad, el empeño y la locura de Ernesto Suárez, me da una inmensa alegría, pero casi los veo como si no fueran míos. Me agrada que se reediten algunos de mis libros, sobre todo si se trata de proyectos como éste del Ateneo que permiten hacerlos llegar a lugares donde no han estado antes, pero seguidamente pienso que no volveré a publicar durante algún tiempo o, incluso, que no publicaré más. Otra cosa son los ensayos y relatos que van saliendo en revistas, pero novelas, especialmente en la que ahora trabajo que trata muy de cerca el problema petrolero, no creo que vean la luz mientras esté vivo. En ocasiones pienso que ya se ha cumplido ese ciclo, y también que ha sido hermosísimo.

—*Como intelectual que es, quisiera conocer su opinión sobre los últimos acontecimientos políticos que se están produciendo en Venezuela, su país de origen, tales como el cambio de gobierno y la llegada de Hugo Chávez a la presidencia.*

—Chávez es, digamos, la erupción del inconsciente venezolano». De las masas tenía que emerger una de esas figuras que son como un canto de

esperanza, que de inmediato hacen posible un cambio en la realidad concreta. En todo caso, no es un fenómeno extraño en Venezuela, país en el que desde el siglo XIX se conocen caudillos sucesivos, todos ellos prometiendo cosas interesantes que, a la larga y por lo general, no se cumplían. En el caso de Chávez, creo que prosigue con él aquella misma fe ingenua de pretenciosos proyectos. El primer problema es que se trata de un hombre muy verbal; habla mucho, lo que le hace manifestar cosas que acaso nunca pueda lograr. Sin embargo, ese discurso exagerado se convierte en una esponja llena de jabón que refriega permanentemente los acontecimientos diarios. Chávez es el resultado de un proceso que, además, no fue elegido por una masa chavista, sino por las mismas personas que antes votaban a COPEI y Alianza Democrática, y que ante la situación presente se decidieron por el cambio. Por otro lado, creo que es ésta, precisamente, la función que debe cumplir por el momento: limpiar cosas, lo que no es pequeña empresa. La corrupción en Venezuela sigue el curso de siempre, porque aún nadie ha llevado a prisión a sus culpables. En este punto, por ejemplo, Chávez ha tenido la osadía de prometerlo y no cumplirlo, por lo que la corrupción sigue dominando el aparato económico del país. En fin, ante una situación sórdida y dolorosa, creo positivo un proceso de reajuste; lo que siento es que todavía los instrumentos para llevarlo a cabo no estén por completo definidos, o, al menos, claros para la opinión pública. En lo que se refiere a la cultura, se vislumbran algunas mejoras, una acción consciente y estructurada para, por ejemplo, iniciar una campaña de difusión de la lectura —entre otras cosas— que, tal vez, están en estos momentos concebidos sólo teóricamente, pero que poco a poco se va llevando a cabo. Por otro lado, era necesario el saneamiento de la dirección cultural que durante muchísimos años se había mantenido en su puesto. Toda esta serie de modificaciones en la realidad concreta venezolana, me llenan de entusiasmo, pues con ellas vamos construyendo nuestro futuro.

—Y ¿de qué manera se refleja esta realidad —o cualquier otra, existente o inventada— en su obra? ¿Existen unos vasos comunicantes entre lo que sucede social, cultural o políticamente, y lo que acaece en las vidas de sus personajes?

—En cuanto a eso que se llamaba el compromiso político, me parece que hay una ley natural que consiste en que a un médico, a un zapatero o a un ingeniero no se les pide una declaración política; por tanto, no veo por qué razón se le va a pedir a un escritor o intelectual esto mismo. Si tienes una posición política y te gusta demostrarla, hazlo; de lo contrario, para

nada lo considero necesario. Todo lo dicho hasta ahora lo restrinjo a un sentido estrictamente social, del autor ante el público. Sin embargo, en la obra misma se reflejan, inexorablemente, los diversos conflictos, placeres u opiniones sobre la realidad del momento que se vive. Esto puede hacerse de manera deliberada, con estilo periodístico, y obtener una obra importante para una situación y un momento concreto en la historia de un país. Pero, en verdad, la misión fundamental del escritor no es la denuncia o el compromiso político; es, más bien, las ampliaciones de las fronteras de lo real, de las vidas de los otros y de la suya misma, mediante su labor creativa. Allí está incluido lo político, directa o simbólicamente.

—*Quisiera que me hablara de Percusión, la que acaso sea su mejor novela, una obra que cuenta ya con varias ediciones, incluyendo la recientemente preparada por la Biblioteca Ayacucho. Según las apreciaciones de la crítica, se trata de un trabajo crucial en la escritura balziana que marca un importante punto de inflexión respecto a otras creaciones anteriores.*

—Como bien dice, acaba de aparecer la edición de la Biblioteca Ayacucho. Verá, a veces pienso que mi adolescencia fue tan larga que se prolongó hasta casi hasta los treinta y ocho años, momento en el que empecé a escribir *Percusión*, y en el momento en que la escribí, comencé a envejecer. Todavía hoy *Percusión* es para mí un libro de extrañas resonancias, con su ambición de aproximarse un poco a Giordano Bruno, una obra en la que cada uno de sus elementos se refleja en el otro. La comencé a escribir en Samarcanda, una ciudad hermosísima que, curiosamente, siempre creí inexistente. Yo estaba allí como invitado a unas jornadas de narrativa celebradas en Moscú. Nuestros anfitriones nos invitaron a viajar hasta Samarcanda, y recuerdo que allí nos recibieron escritores, y el saludo de su recibimiento: «el hombre más bello es el que llega desde el lugar más lejano». La traductora me aclaró que era propio de aquel curioso lugar ese saludo no menos curioso. Quedé fascinado ante lo extraordinario de la frase. En ese instante comencé a escribir la historia de un hombre muy viejo que regresa a su ciudad natal y a medida que se aproxima a la casa de su infancia rejuvenece, va regresando a ser quien fue, vuelve a ser el mismo que antes era. La novela termina justo en el momento en que el hombre viejo se identifica a la perfección con el hombre joven, de tal manera que llegan a ser la misma persona. Es un círculo en el tiempo, en la memoria, en el espacio. Transcurre en diversas ciudades, aparentemente imaginarias, aunque en el fondo se corresponden con Guatemala, México, New York, La Haya y Samarcanda. Con el paso del tiempo caí en la cuenta de que se tra-

taba de una novela sobre el lado oscuro del alma humana —digámoslo así—, sobre sexo pero también sobre filosofía. Por aquellos años me creía rodeado de infelicidad y vislumbraba, debido al caos erótico que se percibía, la llegada de una amenaza para la libertad sexual que se disfrutaba en cualquier lugar del mundo. Cuando lo comenté con Reinaldo Arenas —cuatro años después— pensó que mi novela vaticinaba la ola contagiosa, terrible, del sida. En verdad, con semejante inhumanidad en las relaciones físicas tenía que ocurrir una pesadilla, la misma que se padece, dolorosamente, en algunos momentos significativos de *Percusión*. Entonces visitaba Venezuela un agente de Seix-Barral, que se llevó consigo mi novela. Me olvidé pronto de aquello, hasta que un día llegó por carta un contrato y un cheque por mucho dinero. Dos meses después, en 1982, llegó a mis manos un ejemplar de *Percusión*. En ella, como antes mencioné, se deja sentir el sentido *percusivo* de Giordano Bruno, así como las esferas celestes y la realidad percucieran entre sí y unas sobre otras, aunque sé que alguien la compró pensando que era un libro sobre tambores negros. Es una novela con la que sigo estando —a pesar de haberla escrito a finales de los setenta— en sintonía.

—*Me parece que el sentido de la memoria en esta novela y en el conjunto de sus relatos, más que inmersión en la nostalgia de un tiempo pasado, resulta ser una técnica para desdoblar presentes paralelos. ¿Es así?*

—Estoy absolutamente de acuerdo. Añadiría a esta valoración un comentario de Giordano Bruno, filósofo que siempre he admirado y al que he releído en varias ocasiones. Bruno decía —simplificando mucho las cosas— que la memoria es como una casa hecha de círculos. En uno de los círculos habría elementos concretos como una bicicleta, un pájaro o un lápiz; en otro, las sensaciones —el calor, la humedad...—; en la última de las circunferencias, ideas. En un momento dado, estas esferas se movilizan, se aproximan sus estructuras, como una especie de ruleta compleja con dimensiones hacia todos los lados en un juego y movimiento permanentes. Por eso es que hay una correspondencia entre el presente y el pasado, lo que hace que el pasado y el presente no sean tales estancias, sino una continuidad de lo uno en lo otro. Así mismo, si ponemos atención, comprobamos que la propia memoria ofrece la impresión de lo sensorial concreto con tanta fuerza como si fuera resultado de algo actual. Es un fenómeno muy particular que, creo, no proviene del pasado entendido como tal: es una vida que se prolonga y que se continúa. A veces tengo la seguridad de poder mover la mano y con ella tocar lo que ocurrió hace cincuenta años. Esto mismo intento mostrarlo en mis escritos.